

S. Mario Frias.

MARIO FRIAS

EN TORNO A "LA LENGUA DE ADAN"

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRES  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
CENTRO DE ESTUDIANTES  
LA PAZ — BOLIVIA  
1 9 7 0

**EN TORNO A “LA LENGUA DE ADAN”**

MARIO FRIAS

EN TORNO A "LA LENGUA DE ADAN"

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRES

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

CENTRO DE ESTUDIANTES

LA PAZ — BOLIVIA

1 9 7 0

DERECHOS RESERVADOS  
POR EL AUTOR  
SEGUN D. L. 402 - 70

Impreso en Bolivia

Printed in Bolivia

---

Impresores: Imprenta de la Universidad Mayor de "San Andrés"

## NOTA PRELIMINAR

El presente trabajo fue redactado por su autor en 1967 refundiendo una serie de artículos sobre el tema publicados en "Presencia Literaria". Posteriormente su intención fue hacer modificaciones de fondo a su trabajo, pero sus múltiples quehaceres no lo han permitido hasta la fecha, motivo por el cual, después de dormir un par de años en pruebas de página, y a la espera de la versión definitiva, se hace una edición provisional y limitada a 100 ejemplares de un trabajo que, tal cual está, es importante para el conocimiento de la literatura boliviana.

**JUAN SILES GUEVARA**

1.— *Emeterio Villamil de Rada.*— Entre todas las obras que constituyen aquello que se llama Literatura Boliviana, el libro titulado “La lengua de Adán” es, sin lugar a dudas, el que representa la mayor temeridad, en el terreno del pensamiento.

Su autor, don Emeterio Villamil de Rada, fue un personaje nacido a principios del siglo pasado —un tres de mayo de 1804—, en el pueblo de Sorata. Como la mayoría de sus coetáneos, inició sus estudios en el Seminario Conciliar de La Paz, dirigido entonces por don Manuel Indaburu. Según Nicolás Acosta (1), Villamil fue un estudiante aventajado que mereció “varios premios y distinciones por los rápidos progresos” logrados en las aulas.

En 1825 pronunció un fogoso discurso con ocasión de la llegada a La Paz del Libertador Simón Bolívar. Las ideas liberales y progresistas desarrolladas en la pieza oratoria, dejaron una excelente impresión en el ánimo del Mariscal José Antonio de Sucre, quien propuso a Villamil que integrara su séquito, en posesión de un cargo burocrático.

La presencia y consejos, empero, de un explotador inglés, *explorador* Lord Berhing, hicieron que Emeterio Villamil declinara la invitación de Sucre. Entusiasmado por el científico británico, decidió emprender viaje hacia el Antiguo Continente.

Establecido en Londres, se interesó por cuestiones literarias y, posiblemente, a la vez que hacía estudios de cultura

general, dedicaba algunos ratos al aprendizaje de lenguas modernas.

Poco tiempo después, hizo un recorrido por las principales capitales europeas. En París conoció al General Laffayette y, por su intermedio, se puso en contacto con la culta sociedad francesa. En Italia se detuvo por un lapso más largo, interesándose por las ruinas y monumentos seculares de la cultura occidental. En total, su estada en Europa le llevó siete años, al cabo de los cuales regresó a la patria.

Nicolás Acosta, en la reseña biográfica que dedica a Villamil, anota que "el señor Indaburo lo decidió a que recibiera el grado mayor de *Doctor* en bella literatura". Al título, más honorífico que académico, sucedió, en seguida, el ejercicio de la cátedra. Esta actividad, en la que se entretuvo por tiempo muy corto, representa el segundo diapositivo de una serie muy heterogénea en que se resuelve la vida del ilustre sorateño.

Apartándose de la docencia, interviene en política. Aspiraba a una diputación, que no pudo lograr. El fracaso en que culminó su intención de integrar el Congreso de 1834 lo decidió a incursionar en la explotación de minas de cobre en Corocoro. Pero antes que la inversión de capital y el sacrificio del laboreo en el subsuelo ofrecieran algún rédito importante, Villamil se vio envuelto en la revolución contra el gobierno del general Ballivián y le fue forzoso emigrar al Perú, abandonando casa y hacienda.

En el exilio, contrajo matrimonio con una dama limeña, doña Mercedes Castañeda, a la que dejó un año después. Fruto de aquel fugaz amor fue su hijo Octavio, quien murió al cumplir los diez y nueve años.

De Lima se trasladó a las provincias norteñas del Perú, donde descubrió la "casarilla callisaya" (quina), que, no obstante la propaganda que hiciera, en 1648, la condesa de Chinchón, sobre sus efectos medicinales, los peruanos no la

conocían. Esta ignorancia brindó a Villamil la oportunidad de iniciar un comercio de exportación de quina. Pero lamentablemente no obtuvo el éxito que bien podía esperarse. Fue otra puerta que se cerraba en sus afanes por alcanzar la apetecida fortuna.

En 1848 se produjo el descubrimiento de minas en California. Emeterio Villamil, atento a las nuevas posibilidades, concibió otro plan de negocios. De inmediato se dirigió al norte y, estableciéndose allí, fundó un diario comercial, editado en cuatro idiomas: inglés, francés, italiano y castellano.

La afluencia de gentes provenientes de diversos países, creó condiciones muy favorables para aquella empresa periodística. A corto plazo, Villamil resultó ser dueño de una fortuna. Cuando todo hacía suponer que su estrella no lo abandonaba, se dejó llevar por la ambición de multiplicar sus ingresos. Pensó que su fuerte capital estaría mejor empleado en otro tipo de negocio. Se dedicó a importar casas de madera desde New York. El éxito le sonreía. Pero un buen día, las llamas de un voraz incendio acabaron con los depósitos de materiales, reduciendo a cenizas la fortuna de Emeterio Villamil. Quedó tan pobre como el día de su llegada a California.

Con la feliz experiencia de su empresa periodística, resolvió partir hacia México. Tenía la esperanza de rehacer allí su peculio. Lastimosamente, las condiciones económicas de ese país diferían mucho a las de California y, esta vez, el éxito no lo acompañó.

Intimo amigo de un pastor protestante (2), decidió viajar con éste a Australia, pesando encontrar allí mejor suerte. *pensando* Se establecieron en la ciudad de Sidney. Pero antes que Villamil trazara algún plan de trabajo, falleció su amigo, el pastor protestante. El inquieto sorateño quedó en la mayor desorientación.

Marginado de todo contacto social, falta de recursos, lejos de la patria y de los suyos, se vio cara a cara con la mise-

ria. Apremiado por la necesidad, no le quedó otra salida que ocuparse en los menesteres más humildes, como solución para ganarse el sustento. Se ve al "Doctor en bella literatura" ocupado en barrer calles o empleado de jornalero. ¡A tal extremo había llegado su lucha desesperada por la subsistencia!

Mientras tanto, familiares y conocidos, carentes de noticias, le dieron por muerto. Hasta que un día, sorprendentemente, don Emeterio Villamil apareció en Valparaíso, después de cinco años de ausencia en la lejana Australia.

Nuevamente en Bolivia, su pueblo natal, Sorata, lo eligió su diputado representante para el Congreso de 1857. Fue una época de agitación y turbulencia que culminó con una revolución en Oruro, cuyas consecuencias derrocaron al gobierno de Córdova. Villamil, como adicto al ex-mandatario, tuvo que salir del país.

Refugiado en Arequipa, mantuvo contacto con las fuerzas opositoras al presidente Linares. A la caída de éste, Villamil regresó a la nación y fundó el diario "La Bandera Tricolor".

En 1861 fue elegido por la provincia Larecaja a la Asamblea Constituyente de ese año. Sus palabras condenatorias contra Linares llevaron el tinte de una exagerada acritud. Pese a sus denodados esfuerzos oratorios, el ex-presidente José María Linares quedó libre de las acusaciones.

Al término de su participación en el Congreso, Villamil se recluyó en Tipuani. Abrigaba la intención de ocuparse en la explotación de oro. Quiso, tal vez, seguir los pasos que a su progenitor le dieron una apreciable fortuna. Pero los yacimientos auríferos se le tornaron avaros y tuvo que compulsar una nueva derrota en su agitada existencia.

Después de algún tiempo, en 1868, regresó a la ciudad. No siendo desahogada su posición económica, obtuvo del Es-

tado el cargo de "Comisario Demarcador de Límites". Con este objetivo viajó a la frontera, zona señalada para su labor.

Cumplida la misión que le encomendara el Gobierno, en vez de regresar a La Paz, prefirió dirigirse a Río de Janeiro, para fijar su residencia en esa capital.

Anciano ya y después de haber tenido una existencia como un torrente sin cauce, en Río se dedica a ordenar sus papeles y escribir sus libros.

Careciendo de los fondos necesarios para publicar sus obras, recurre al Gobierno de Bolivia, solicitando que sea éste quien tome a su cargo la edición. Sin obtener respuesta, pidió el mismo favor a las autoridades del entonces "Imperio del Brasil". Como esta gestión tampoco llegó a cristalizarse, dirigió el llamado a los gobernantes del Perú, pero sus manuscritos no lograron salir a la luz.

Sin una moneda en los bolsillos, agobiado por los años y no pudiendo soportar la indiferencia en que cayó su obra intelectual, Villamil acabó con sus días arrojándose al mar.

El triste suceso ocurrió hacia el año 1880.

2. *Los escritos de Villamil.*— El hombre, en cuya personalidad se van sucediendo el maestro, el político, el minero, el industrial, el comerciante, en fin, en los últimos años de su turbulenta existencia, se presenta como el escritor de envergadura científica.

Villamil escribió mucho. Nutridos legajos contenían el desarrollo de sus ideas. Otro tanto tuvo en proyecto, pues su plan pretendía abarcarlo todo. Soñó con una obra tan monumental, que sólo podía estar cubierta por el ampuloso título de "Filosofía de la Humanidad".

A juzgar por los datos bibliográficos apuntados por Nicolás Acosta, se refiere que Villamil incursionó en la Lingüística, la Antropología, la Historia, la Mitología, haciendo, además,

referencias a otras ciencias y disciplinas, cuando así lo requiera el grado de síntesis que pretendía ser su trabajo.

Buena parte del extenso programa que se había trazado no llegó a plasmarse en la escritura. Tal vez porque no le alcanzaron sus días o por el profundo desaliento que le produjera la dificultad para imprimir los originales que alistó, lo cierto es que una considerable porción de aquella magna enciclopedia no llegó a tener existencia fuera de su mente.

Casi la totalidad de las ideas confiadas a sus densos manuscritos, no vieron la luz pública. Cuando se dirigió al Gobierno de Bolivia, en demanda de la publicación de sus obras, adjuntó el índice de las mismas y “una ligera explicación” (3) a la que Nicolás Acosta califica de “extractos de los libros principales” (4). Estos escritos se salvaron casi milagrosamente de perecer en el incendio del Palacio de Gobierno, “El Palacio Quemado”.

En cuanto al grueso de su obra no se sabe si pereció o quedó sepultada en el olvido. Sólo llegaron hasta nosotros los títulos de aquellos volúmenes y los apuntes o notas que son lo que conocemos con el nombre de “Lengua de Adán”.

Ese saldo de la pérdida es el objeto del presente trabajo. Es lo único que se ha conservado. No existe otro documento para estudiar la obra de Villamil. Si algún día se hallaran los otros manuscritos hasta hoy perdidos, habría material más abundante para juzgarlo. En lo posible, procuraremos no salir de “La Lengua de Adán”. No queremos arriesgarnos a juzgar a Villamil de Rada en base a suposiciones. Sólo opinaremos en base a lo conocido. Además, nuestra intención no es hacer un estudio exhaustivo de la obra. Solamente pretendemos analizar los principales fundamentos de la tesis que sostiene.

Juzgo oportuno un comentario en este sentido. Los pocos escritores que se han ocupado de Villamil, siempre lo han hecho sin penetrar en el contenido de la obra con el ánimo de

medir el alcance de sus afirmaciones. Nadie ha puesto en claro si Villamil de Rada logró aciertos o cayó en errores, cosa que sólo puede hacerse mediante el análisis de los argumentos en los que se sostienen sus conclusiones.

3. *Villamil, hombre famoso.*— La vida de este personaje es un mosaico. Cambia de actividad fácil y sorpresivamente. No pasa de una ocupación a otra: salta. De la cátedra salta a la política. De la política, a la industria; a la empresa periodística; al turismo. El último, el más espectacular, es el salto que lo lleva al ejercicio de la pluma. ¡Villamil de Rada, escritor! Después de conocer sus actividades anteriores, sorprende. Que deje su cargo de profesor para candidatear a diputado, en nuestro medio no resulta muy extraño. Que terminado su mandato en el Congreso se dedique a buscar oro en Tipuani sin haber sido minero anteriormente, no es muy natural. Pero que habiendo probado fortuna en todo, termine de escritor con pretensiones científicas, eso ya suena a cuento. Sin embargo, tal sucedió con Emeterio Villamil de Rada.

La sorpresa está en la inconsecuencia. Los inciertos estudios de su juventud no explican la repentina sabiduría de su vejez. La simple peregrinación de siete años por varios países de Europa pudo reportarle algunos conocimientos de cultura general. Es posible que obtuviera informaciones sobre temas que atraían su curiosidad. Lecturas, conversaciones, ~~me- el medio~~ ~~dio ambiente~~, asistencia a ciertos cursos lo enteraron tal vez de las preocupaciones que ocupaban a los estudiosos de la época. Pero de ahí a que sea un científico que se manifiesta después de un paréntesis que excede los cuarenta años, es sencillamente insólito.

Sorprende. Pero a ésta aguarda otra sorpresa mayor. Villamil resultó ser un hombre famoso. Llevan su nombre una calle y un colegio de esta ciudad. Figura en las Historias Literarias; está incluido en los programas de enseñanza media y aún en los que pide la Universidad para el ingreso de los

bachilleres. En Bolivia hay que estudiar a Emeterio Villamil de Rada entre los hombres notables.

Pero, ¿por qué notable? Sus ocupaciones fueron muchas y muy diversas. ¿En cuál de ellas sobresalió hasta el punto de merecer que su nombre sea transmitido por “el mármol y el bronce”?

Como político, parece que no. Sus ataques duros y apasionados, contra el presidente Linares, no hacen de él un hombre señero en la suerte de este país. ¿Como viajero? Los hubo más raros y curiosos, sin que llegaran a mayor grado de celebridad. Como profesor, medio año de ejercicios no hace famoso a nadie. Como industrial y comerciante, sólo obtuvo fracaso tras fracaso.

¿Dónde se originan los laureles que adornan su recuerdo? ¡Oh estupor! Nada menos que en su libro “La Lengua de Adán”. A él se refiere el juicio de “obra sapiente de polígrafo y filólogo”, formulado por Gustavo Adolfo Otero. En él ve Nicolás Acosta “un trabajo tendiente a demostrar que su teoría es científica”. Carlos Bravo descubre en esas páginas a “uno de los más grandes lingüistas modernos y, sin disputa, el primero de América”. Enrique Finot admira “la raigambre científica en que el autor funda sus teorías llenas de sugerencias interesantes”.

Elogios todos que vienen a dar a “La Lengua de Adán” un sitio preferente/los libros bolivianos. Tal vez ningún otro lleve recomendaciones tan promisorias y generalizadas. Con raras excepciones, como un artículo de don Bautista Saavedra y otro Humberto Vásquez Machicado, los juicios sobre Villamil de Rada y su libro son laudatorios. Hasta las personas reputadas de serias y concedoras de nuestra literatura le prodigan alabanzas y contribuyen a su encumbramiento.

Pero cuando uno se acerca al mentado libro y se pone a sopesar y analizar el contenido, encuentra ausencia de cien-

cia, de profundidad y de genialidad. No hay sistematización; las pruebas son antojadizas al extremo, se confunden conceptos básicos. En fin, es difícil explicarse cómo otras personas puedan llamar ciencia a esa maraña. Bautista Saavedra, en el citado artículo, dice que Villamil estaba atacado de un mal, "epilepsia filológica", expresión muy adecuada para resumir "La Lengua de Adán".

4. *El contenido de su libro.*— Notas, apuntes o prospecto, lo cierto es que "La Lengua de Adán" entraña un contenido. Doscientas cincuenta páginas en las que el autor expresa una afirmación concreta y trae una serie de pruebas para la misma. El examen de este contenido nos aclarará si hubo algún mérito en Villamil o no lo hubo.

Hay una tesis planteada: la lengua aymara es el idioma primitivo. Y por primitivo entiende lo primero en el tiempo y en la esencia. De esta suerte, el aymara resulta ser la lengua más antigua, connatural al hombre y aquélla de la cual derivan todos los idiomas: los que existieron, los que todavía se usan y aun los que puedan darse en épocas futuras.

La afirmación es de alcances muy vastos. Y para darle consistencia abunda en diversas clases de argumentos. En ocasiones, desciende a detalles mínimos. Analiza —a su modo, eso sí— palabras del aymara; establece comparaciones con términos de otros idiomas; teoriza sobre constituyentes y estructuras lingüísticas.

En la primera página de su libro señala el objetivo que se propuso. Dice que "para precaver desinteligencias y falsa apreciación, o estériles chicanas lingüísticas, incumbe (sic) debe declarar y presumir desde ahora el objeto de esta obra. No es filológico. Más alto es. Es antropológico". Y luego justifica el haberse detenido tan extensamente en el campo lingüístico, indicando que "un simple medio subsidiario, un resorte auxiliar, y subalterno el filológico, sirve sólo de hilo o escalón, de instrumento de demostración".

La aclaración devela los alcances de su ambicioso plan. Se empeñaba por demostrar que el ser humano fue oriundo de América. Sorata —patria de Villamil— fue la cuna de Adán. Y para demostrar tal aserto toma, como una de las principales pruebas, el establecer la primitividad y maternidad del aymara.

En el libro que comentamos se ocupó casi exclusivamente de confirmar esta prueba. De aquí que su contenido sea un tema lingüístico. Aborda, entre otros, el problema del origen del lenguaje, asunto difícil y, tal vez, sin respuesta satisfactoria. En cuestión de orígenes, el tiempo es factor adverso. Borra la huella de los hechos. Y en materia de lenguaje, el panorama se torna más sombrío. Ortega y Gasset, comentando un libro de don Ramón Menéndez Pidal, sostiene que “el origen está siempre o muy en lo alto y muy en lo fondo. Exige ascensión o sumersión. Vértigo o ahogo. Al investigar los orígenes de un idioma, todo se vuelve difícil; hasta la materia de allegar los datos imprescindibles”. Tratándose no ya de un idioma, sino del lenguaje mismo, bien parece que el intento escapa a las posibilidades humanas. Sin embargo, don Emeterio Villamil de Rada estuvo seguro de haber descifrado el enigma.

*La clave*  
10 La clave para el descubrimiento es el aymara. Al encontrar que el aymara fue la hablada por el primer hombre, se explica con clarividencia la historia, la filosofía, la religión. Por ser el punto de partida de la geneología lingüística, es el oráculo universal.

Hay aquí dos afirmaciones: la primera lengua, el aymara; la lengua madre con carácter absoluto, el aymara.

La demostración se apoya en tres pilares: la raíz, las etimologías, las desinencias.

5. *El primer idioma.*— La preocupación por establecer cuál fue el primer idioma data de épocas muy remotas. Cuen-

ta Herodoto que el rey egipcio Psamético quería saber cuál había sido la nación más antigua. Para averiguar, aisló en un parque a dos niños recién nacidos. La primera palabra que pronunciaron fue "bekos", voz frigia que significa "pan".

Platón dedicó un *diálogo* al lenguaje, el *Cratilo*. A través de él podemos conocer opiniones existentes sobre el origen de las palabras. Los *analogistas* sostenían que la relación entre *cosas* y *palabras* era natural y necesaria. Y como no reflexionaban sobre otra lengua que la suya, encontraban en el griego las formas universales del pensamiento humano y aún del orden cósmico. Ya en la era cristiana, los Padres de la Iglesia tenían por verdad que el hebreo fue "la lengua de Adán". Sostenían, sin otro argumento, que el relato bíblico de "la torre de Babel", lo mismo que nuestro compatriota viene a decir muchos siglos después del aymara.

*En este  
verbal  
profron  
y otra  
siglos de  
que  
etc.*

¿Es que Villamil no conoció estudios más modernos? ¿Cómo puede explicarse su retraso de varios siglos? En verdad, no se explica, porque estuvo familiarizado con los últimos libros que trataban el problema. En "La Lengua de Adán" hay referencias a los trabajos de Bopp, Grimm y Max Müller. Si tomamos la frecuencia con que es citado, como dato de mayor conocimiento, concluiremos que el último de estos estudiosos fue muy leído por Villamil. Más adelante veremos que hasta hace transcripciones de algunos párrafos escritos por Müller. Sin embargo no tomó en cuenta que "una vez que se hubo definido el verdadero puesto que el sánscrito debe ocupar en la serie, y cuando llegó a ser familiar la idea de que ha debido existir un idioma más antiguo que el sánscrito el griego y el latín, de los cuales fue tronco ese idioma primitivo, así como de las ramas teutónica, céltica y eslava, todas las lenguas parecieron tomar, como de suyo, su verdadero puesto". Tampoco advirtió en su incomprensiva lectura que "el primer servicio que el descubrimiento del sánscrito prestó al estudio de la clasificación de las lenguas fue impedir que los sabios se contentasen, como habían hecho hasta entonces,

con cierta afinidad vaga y general, y obligarles a precisar los diversos grados de parentesco existentes entre los distintos miembros de una misma clase. En vez de lenguas, se oyó hablar de *familias* bien determinadas”.

Tales conclusiones no pesaron en el ánimo de Villamil. Al margen de ellas, siguió aferrado a su propósito. Con deliberado desconocimiento de los progresos de la ciencia, llevó adelante su demostración. A toda costa quería levantar su castillo de naipes.

6. *Las raíces, primer argumento.*— Los estudiosos del lenguaje, desde épocas ya remotas, tuvieron el concepto del constituyente morfológico llamado “raíz”. Observaron que en palabras como TEMER, TEMEROSO, TEMOR, etc., se repite el morfema TEM, que viene a ser un elemento básico y común de todas esas palabras. Además, con la característica de ser inseparable. Es decir, que nunca se emplea independientemente. Diremos TEMOR, TEMOROSO, TEMIBLE; pero jamás TEM solamente.

Cuando la “raíz” se presenta aparentemente sola, los gramáticos explicaban que el afijo era “cero”. Por ejemplo, en Español la raíz de las palabras PANADERIA, PANADERO, etc., es PAN. En una expresión como NO HAY PAN, no se ha empleado la raíz en estructura independiente, sino la raíz con *afijo cero*.

Villamil tuvo noticia de estas observaciones. Indudablemente leyó en “La Ciencia del Lenguaje” que todo lo que es una lengua o familia de lenguas no puede reducirse a una forma más sencilla o primitiva”, se llama “raíz”.

Sin embargo, no comprendió los verdaderos alcances de la ob-ser-va-ción. Refiriéndose a este constituyente morfológico, anota en su libro lo siguiente: “La prevalente adopción ya de letras o vocales, ya de meras articulaciones, ya de sonidos unisilábicos o de sílabas compuestas o insignificantes por raíces, equivale a tomar por ellos un silabario como “ba”, “be”,

"bi". Y añade: "Que tales sean las bases y raíces alfabéticas lo concedo. Lingüísticas, no".

¿Por qué no? ¿Qué objeciones esgrime para rechazar no éstas a las otras raíces, sino la definición misma de lo que es una raíz? no

Los razonamientos y las pruebas que opone son presentadas por el buen sorateño como teoría nueva. Se proclama "descubridor", científico que rotura los surcos de la verdad, revolucionario de la ciencia. "En la trascendental ciencia de la lengua —*escribe*—, que es la real y hablante metafísica del espíritu humano, recién hoy se descubre y se verá luego, la real entidad y esencia de las raíces. Inasequible era e ilusoria tal posesión, por medio de las lenguas derivadas y de evolución".

Para él, la única lengua estable y primitiva era el aymara. Como tal, este idioma tenía que ser el cofre que guardara "verdaderas raíces". Y, desde luego, sólo conociendo esas "verdaderas raíces", no *las falsas*, sería posible asir su esencia.

El anuncio del "descubrimiento" produce gran curiosidad. Uno espera encontrar algo realmente sensacional, algo que remueva ciencias y teorías, la mano que corra el velo de los enigmas.

Pero Villamil sale al paso con que "vehículo de ideas y pensamiento y su expresión la lengua de qué consta? De palabras, sin duda, todas ellas significantes, o sea inducentes de ideas y sentimientos, de objetos y de imágenes; esto es, demostrantes o predicantes, pesantes. Tales deben ser las raíces, si lo son de lengua. Y tales o definidores ostenta sólo el aymara. Revela excepcional y únicamente él los íntimos caracteres de la raíz, se disciernen al fin:

1ª. Que toda raíz es una palabra simple y bella, perfecta, intransvertible, indescomponible, y continente de una idea general, como luz, lo bello, etc.

2ª Que toda raíz es demostrante o predicante y accionante, es nombre y es verbo...

3ª Que no hay raíces ni vacías ni compuestas...

4ª. Que son, así sustantivas como adjetivas y atributivas la raíces, así locativas como adverbiales y numerales, etc”.

En resumen, afirma el señor Villamil que las raíces son palabras y que estas raíces solamente se encuentran en el ay-mara.

Al decir que “toda raíz es una palabra” viene a sostener que prácticamente en un análisis morfológico, los constituyentes irreductibles son también independientes. Que una vez separados los afijos, lo que queda es una forma que puede usarse sola. Y, por lo tanto, estas formas se presentan necesariamente íntegras.

Su teoría queda enunciada en la expresión “*toda raíz es una palabra*”.

7. *El origen de su teoría.*— Nos dice Villamil que “participaba de la idea calificante de *tipos fonéticos* a las raíces”. Tal confesión, hecha “de paso”, indica hasta qué punto nuestro autor seguía los pasos de Max Müller.

En “La ciencia del lenguaje”, el estudioso europeo afirma que la facultad humana de comunicación comenzó por raíces lingüísticas, las cuales eran “tipos fonéticos”. Considera que los sonidos utilizados en los albores de la humanidad para la expresión no guardaban relación alguna con su contenido. Es decir, eran completamente arbitrarios.

Estos “tipo- fonéticos” —siempre en el pensamiento” de Müller— se originaron de un poder instintivo del hombre primitivo. Necesitaba dar salida a los contenidos de su conciencia y lo hacía “instintivamente” a través de ciertos sonidos que los producía con los órganos que hoy llamamos “de la fonación”.

Resulta, pues, que Villamil, en determinada época, admitía plenamente la teoría expuesta en "La Ciencia del Lenguaje" sobre las raíces. ¿Qué lo llevó a disentir? El aymara. De esta lengua dice: "Aprendida auditivamente en la infancia, olvidada durante treinta años de ausencia de Bolivia, me sorprende hallar, sólo en la coherencia misma lógica y orgánica de la lengua, su propia ideología y su interna gramática y lexicón, sin esfuerzo de la memoria. Ante el análisis emerge de la oscuridad un todo, tan viviente y completo, que por sí se demuestra vinculado con la integridad cósmica de la naturaleza y la vida...".

Según él, sus propias palabras, el análisis que hizo de la lengua "aprendida auditivamente durante la infancia" y después "olvidada", fue el camino que lo condujo hasta la "posesión de las raíces". A través de ese análisis *descubrió* que las raíces en la "lengua tan recóndita o desdeñada hasta hoy" se presentan con la estructura de palabras. El conocimiento de esas raíces fue el fundamento para inducir la "real entidad y esencia de lo que es una raíz.

8.— *Las pruebas.*— Sorprende al lector de "La Lengua de Adán" que en las listas de ejemplo consignados por Villamil, las raíces del aymara no aparezcan como "palabras simples,, bellas, perfectas...".

Al comienzo de su libro anota la "raíz sustantiva" del aymara, *ali*. A continuación despliega ochenta palabras que continen según él la indicada raíz.

Uno esperaría que, de acuerdo a su teoría, la raíz "*ali*" conserve su estructura de *palabra* en las ochenta veces. Sin embargo, en muchas de ellas en vez de "*ali*" ocurre solamente "*al*", en otras "*all*". "*Al*" y "*All*" ya no son formas independientes y, por lo tanto, no son palabras.

Después nos habla de la raíz "*aru*". Trae cuarenta y seis veces que la contienen. Pero entre ellas muchas llevan so-

lamente “ar”. “Ar” ya no es forma independiente y, por lo tanto, no es palabra.

Estas observaciones saltan a primera vista, y son una prueba completamente en contra de su teoría. Demuestran, más bien, que en el aymara las raíces no son palabras.

Las constantes protestas de que el aymara contiene las “verdaderas raíces” resultan falsas. Si éstas para ser tales deben tener forma de palabras —como reiteradamente afirma Villamil— el aymara no posee las verdaderas raíces. Y si no las posee, mal pudo descubrir en esa lengua “la real entidad y esencia” de ellas.

9. *Un escritor inescrupuloso.*— El mismo Villamil demuestra con sus ejemplos que el aymara no contiene raíces que sean palabras. Si ocurren algunas, son con *afijo cero*, como se dan en muchas otras lenguas. Entonces, ¿de dónde sacó esa teoría, que él llama *descubrimiento*?

Admírese el lector. La sacó de la obra a la cual refuta y de la que varias veces hasta se burla: de “La Ciencia del Lenguaje” de Max Müller.

Obsérvense los siguientes textos tomados de “La Lengua de Adán”:

“En la trascendental ciencia de la Lengua, que es la de la real y hablante metafísica del espíritu humano, recién hoy se descubre y se verá luego la real entidad y esencia de las raíces. Inasequible era e ilusoria la posesión por medio de las lenguas derivativas y de evolución”.

Poco más adelante, dice:

“Admirable es sin duda y muy laudable el fecundo celo de tantos sabios filólogos, que cual una brillante constelación han iluminado las lenguas y realizado maravillas en filología, desde principios de este siglo, aunque sin alcanzar las raíces ni poseer la plena y explícita apreciación de ellas. Por fal-

ta de sagacidad y ciencia, no ha sido, sino por la ausencia del íntimo sistema de raíces en el árbol lingüístico que se ha explorado y cultivado. No es extraño, de consiguiente ni vituperable que la filología comparativa carezca aún de la plenitud de conciencia de la raíz".

Refiriéndose fundamentalmente a esta concepción de la raíz como palabra, dice:

"Apenas hace seis meses que aún carecía yo de la idea precisa de lo referido, y de la conciencia de ello y de las raíces. Me lo inspira hoy, no el esfuerzo de la investigación, sino la índole misma de la lengua y su análisis o wikaraña".

Los textos podían multiplicarse. Pero los citados parecen suficientes para probar que Villamil afirma categóricamente que las raíces como palabras se encuentran en el aymara. Lo cual hemos visto que es falso.

Luego, a través de ellos, captamos otra afirmación: que fue el propio Villamil quien descubrió la nueva concepción de lo que es la raíz.

En tercer lugar, que los "sabios filólogos", entre los cuales incluye a Max Müller, desconocían la "la real entidad y esencia de las raíces". En la opinión de Villamil, como estos hombres desconocían el aymara, estuvieron privados de alcanzar la "apreciación" fundamental que él consiguió.

El lector que no ha revisado algunos escritos de la época comparatista, queda con la firme impresión de que fue, en verdad, don Emeterio Villamil de Rada quien primero pensó que las raíces pudieron ser en alguna época formas independientes, es decir, palabras. Quiso probar esta teoría analizando el aymara, pero el análisis le dio resultados negativos. Con lo cual el planteamiento básico no se derrumbaba. Pudiera existir otra lengua en la cual se constate lo que afirmaba Villamil. O, en todo caso, aunque esa lengua hubiese desapare-

cido ya sin dejar rastro, la teoría en principio no contenía contradicción alguna.

Tal creencia es completamente lícita, atendiendo a las palabras de este escritor, que repetidas veces —como lo hemos visto— se llama *descubridor*.

Sin embargo, revisando “La Ciencia del Lenguaje” de Max Müller —principal fuente de Villamil— se encuentra con gran estupor que el escritor boliviano se apropió del planteamiento que se hace en aquella obra.

Müller dice que “las raíces no son, como se afirma frecuentemente, puras abstracciones científicas: han sido originariamente verdaderas palabras”. El mismo pensamiento aparece en otro lugar de la misma obra: “Llamo período de raíces el primero, en que cada raíz conserva su independencia, y en que no hay distinción formal entre una raíz y una palabra”. Y, por si pareciera poco, tratando sobre los caracteres del chino expresa: “Como ya hemos visto, no hay en chino ninguna distinción formal entre un nombre, un verbo, un adjetivo, un adverbio y una preposición. La misma raíz, según el puesto que ocupa en la proposición, puede emplearse para traducir *grandor, grandemente, ser grande*”.

Las frases de Müller dan cuenta con toda claridad, que la doctrina sobre las raíces independientes, con forma de palabras, existían en la mente de su autor. Fue la lectura de estas páginas y no en el aymara donde Villamil encontró aquello que dice ser su *descubrimiento*. Desde luego, no podía ser la lengua aymara quien mostrara a Villamil el tipo de raíces independientes, por que este idioma no las posee tales. En los mismos ejemplos traídos por él se nota —como habíamos visto— que las raíces presentan distinta forma que las palabras. Es decir, completamente lo contrario de lo que quiere demostrar Emeterio Villamil.

Ya el hecho de apropiarse de una idea ajena es deshonesto. Cuando se repite el pensamiento de otro autor, debe darse la

cita correspondiente. O, por lo menos, indicar a quien pertenece. Los descuidos en esta materia nunca pueden ser vistos con buenos ojos. Por lo menos revelan poca delicadeza intelectual. Aún en casos de desconocer al autor —como en los refranes—, por ejemplo suele indicarse que lo dicho es pensamiento ajeno y no propio, mediante un recurso como "aquello de...", "se dijo....", etc.

La acción de copiar en lo sustancial la obra ajena para hacerla pasar por propias se llama *plagio*, según explica el Diccionario de la Real Academia. Y es interesante seguir la trayectoria semántica de este vocablo "plagio". Los romanos llamaban "plagium" al delito de tratar como esclavo al hombre libre, y al de apropiarse del esclavo ajeno o encubrirlo para que escape. La voz latina "plagium" tuvo su origen en el griego "plagios", que significa *torcido*, lo *opuesto a recto*. "*Plagiatsein*" decía el griego, cuando alguien colocaba una cosa ceder torcido, al gravísimo *engaño* de tratar como esclavo al hombre libre. El castellano calificó de "plagio" al engaño de hacer pasar como propia la obra que es creación de otra persona.

Todo delito va acompañado de agravantes o atenuantes. El que comete Villamil lleva un fuerte agravante. No solamente *engaña* haciendo pasar como propia la teoría de las raíces independientes, sino afirmando explícitamente que la habían ignorado los que en realidad fueron sus verdaderos autores. "Admirable es sin duda —dice— y muy laudable el fecundo celo de tantos filólogos, que cual una brillante constelación han iluminado las lenguas y realizado maravillas en filología, desde principios de este siglo, aunque *sin alcanzar las raíces ni poseer la plena y explícita, apreciación de ellas*". Quiénes son los "tantos sabios filólogos" a los que alude? Indudablemente Bopp, Grimm, Max Müller, a quienes llama "los más avanzados filólogos".

No se puede asegurar que Villamil hubiese leído el tratado sobre las terminaciones flexivas de los verbos en sánscrito

to, griego, latín, persa y germánico, que publicó Franz Bopp en 1816. Tampoco aparece dato alguno en "La Lengua de Adán" que revele algún conocimiento directo que el autor hubiese tenido de la "Deutsche Grammatik" de Jakob Grimm, publicada en 1819. Pero lo que aparece a las claras es que Villamil leyó hasta con detenimiento el libro de Müller, "La Ciencia del Lenguaje". Baste, como prueba, el observar la siguiente coincidencia:

Müller escribió: "y, aun remontándonos hasta el sánscrito, podemos decir que no encontramos ninguna raíz que sea empleada como nombre o como verbo".

Y Villamil: "La sorprendente doctrina de que aún remontándose al sánscrito, ninguna raíz se uso jamás como nombre o como verbo".

Copió —lo estamos viendo— el párrafo de Müller. Por "descuido" no consignó la cita. Así también, copió la teoría que dice "*descubierta* por él". Seguramente *por descuido* no indicó que pertenecía a Müller y no a Villamil de Rada. Hay descuidos muy graves...

10. *Segunda prueba, las etimologías.*— Sea porque este tema ocupa la mayor extensión del libro, sea porque en él se vio mayor erudición y profundidad de conocimiento, lo cierto es que parece haber sido la parte que ha dejado huella más honda en el ánimo de las personas que alguna vez han comentado a "La Lengua de Adán". Pero lamentablemente, las inexactitudes contenidas en estas exposiciones alcanzan un número por demás crecido.

Mediante comparaciones superficiales, pretende don Emerico Villamil probar que las raíces aymaras no sólo se encuentran, sino que aclaran el significado de los términos pertenecientes a diversos idiomas. Y esta aclaración llega hasta la Biblia, las religiones, toda la historia, las mitologías, en fin, a través de ella nada queda vedado. De ahí que tanto le inte-

rese establecer que todas las lenguas tienen sus raíces etimológicas en el aymara.

Para el apoyo de este aserto, Villamil recorre dos caminos opuestos: unas veces, se sitúa en la palabra aymara y, desde ella, va apuntando sus derivados en otras lenguas; o bien, proponiendo diversas voces integrantes de los más diversos vocabularios, señala que tienen su origen común en un vocablo de "su idioma primitivo". Y los pasos que supone este tránsito de un término a otro, —en el procedimiento de Villamil— se simplifican en prodigiosos saltos que producen serias lesiones en las teorías del autor.

Con este sistema encuentra que el aymara USU, "enfermedad", aparece en el griego NOSOS. De URU viene —dice— el latín ARUM, el francés OUR, el alemán URSACHE, y centenares de voces cuya transcripción sería tan innecesaria como extensa. El siguiente párrafo dará clara idea del método prospectivo utilizado por nuestro buen autor: "La raíz APAS, "lleva", "contén", o conduz y remueve, —escribe— tan usada en el alemán AB y UEBER, en el inglés, UP, UPON y OVER, en el Latín AB y AP, y en el griego APO y en APA, como en "apagó", conducir, traer, en "apage" o "apaka", quita de aquí, se altera a veces en OPOS como en PYROPOS, que conduce brillo; pero se conserva en terapéutica, "que lleva curación". Otras veces antecede como en APOLOGOS, que lleva fábula o narración. APOSTOLES, que llevan misión, y APOSTEMA, porta tumor o absceso".

Otras veces —tal vez con más frecuencia— sigue el camino inverso al que acabamos de referir; es decir, echa una mirada retrospectiva para ubicar la etimología de cualquier vocablo en una raíz. Tal procedimiento puede observarse en el párrafo que sigue: "el nombre de KRONOS, o el tiempo, primeval generante o personaje del Illampu u Olimpo, simplemente significa KHORANI, "con vegetación" y KHORAYANÑA, hacer germinar, fecundar o crecer", todo cuanto es KHO-

RA o forma primera de la vida vegetativa, en cuyo idéntico sentido expresó campaña o región el vocablo griego CHORA" (19).

Esta atribución de origen aymara para términos del griego, del latín, del alemán, etc., en forma tan simple, es comparable a la pueril pretensión de alumbrar las estrellas con una linterna.

Para la filiación de ese nutrido conjunto de palabras que se encuentran consignadas en *La Lengua de Adán*, Villamil se vale de uno de los sistemas descritos recientemente: el prospectivo o el retrospectivo, que para él no son más que dos puntos extremos igualmente utilizables para apoyar su telescopio reconstructor. Pero uno se pregunta por los fundamentos de que dispone para llegar a conclusiones tan definitivas. ¿Cuáles fueron las fecundas premisas que tuvo entre sus manos don Emeterio Villamil?

Y a través de las páginas de su libro, sólo se encuentra que recurre a dos criterios o puntos de referencia: afinidad fónica, uno; acomodación semántica, otro. Ahí donde percibe su oído algunos sonidos parecidos, su pensamiento está pronto a establecer un derivado o una etimología. Y, si ambos términos no se encuentran tan cerca acústicamente, recurre a la construcción de una teoría sobre la convergencia de los significados, que, la más de las veces, está traída de los cabellos. ¿Se destaca algún otro elemento de juicio distinto a los dos que venimos comentando en los trozos arriba citados? Y, por cierto, no digamos en la obra, en el pensamiento mismo de Villamil no existe otra base para sus etimologías y derivaciones.

Hay circunstancias en las que la diversidad fónica de las palabras comparadas es tan notoria, que no animándose a sostener una similitud entre ellas, se refugia en la alteración y evolución de los sonidos. Hablando de la lengua primitiva, dice: "la identidad inmutable de su remoto origen andino,

se cimenta en la coincidencia inequívoca de su raíces, por pulverizadas y transvertidas que se hallen morfológicamente, habiendo con frecuencia desaparecido el ser de la raíz bajo las irrupciones de la corrupción fonética o de la alteración dialéctica, dejando sí, algo del *original significado*, o *sonido*, que asiste, sea a reconstruir la raíz o a trazar en algún sinónimo sus vestigios, cual en las plantas la clase de sus primarios y gérmenes" (20).

Pero aun en estos casos, en los que por el agravante de la "pulverización y transversión" señaladas por el propio Villamil, dificulta en mayor grado la reconstrucción etimológica, el autor no cambia sus inadecuados vehículos: los sonidos perdidos y el acomodo semántico. Por el contrario, encuentra mayor campo de acción en el terreno acústico, como puede apreciarse en las siguientes líneas: "RU en Sánscrito —dice Villamil— es decapitado de ARU, y alterado también allí a KRU que es el CRY o grito en Inglés. A la par "RO en Egipcio, significa boca por su ministerio de la palabra ARU, cuya transmutación a RHESIS o "auris" en Griego, no autoriza una raíz RE que aducen los filólogos" (21).

Y después de leer un trozo, como el que antecede, en La Lengua de Adán, la pregunta sobre las pruebas para el establecimiento de tales parentescos persiste con mayor insistencia. Ese parecido fónico —tan lejano a veces— o las asociaciones del significado, es claro que muchas veces pueden deberse exclusivamente a un hecho fortuito, pero aunque así no fuera, reclaman una consistencia más convincente.

Quien pretenda remontarse a etimologías no puede dejar de lado cada uno de los pasos que supone ese seguir a la palabra en la serie larga de paulatinas transformaciones que ha ido sufriendo al correr del tiempo. Debe recurrir al auxilio de la fonética, la analogía y la semántica, llamando en su ayuda las leyes ya establecidas mediante dichas disciplinas o formulando nuevas en base a la comprobación de cierto número de hechos claramente reconocidos. En esta clase de investi-

gaciones, tiene una importancia esencial la consideración de los datos intermedios, no habiendo jamás de excederse en ellos.

Pero en los escritos de Emeterio Villamil hay ausencia absoluta de este tipo minucioso de análisis, requisito indispensable para dotar de validez a una afirmación de tal naturaleza. Y cuanto mayor sea la distancia a que se encuentran las palabras relacionadas, la acumulación de estados intermedios debe ser también mayor, porque se supone en relación directa el tiempo y el espacio con el fenómeno evolutivo.

No gozan, pues, de ningún valor las etimologías anotadas por el señor Villamil, por carecer del indispensable requisito que señalamos. ¿Cómo podría aceptarse como evidente un parentesco entre dos palabras recogidas de dos lejanos grupos lingüísticos simplemente por cierta coincidencia fónica? Del aymara PALLAS —forma del verbo PALLAÑA, recoger—, por ejemplo, saca el sustantivo griego PALLAX, atraído por la similitud de sonidos y aduciendo que el nombre aymara designaba a las princesas de la corte del Inca —“bellezas selectas—”, y la voz helénica expresa un epíteto de la diosa Atenea. Pero dónde están los estados intermedios en los que se vea la subsistencia de los sonidos a la par que la asociación de ideas y los casos análogos que saltarían en toda la periferia? Esas son las omisiones de Villamil, las terribles omisiones que echan por tierra todos sus intentos etimológicos, pues no hay uno solo en el que enmiende su actitud.

11. *El aymara clave de todo mecanismo lingüístico.*— Con el claro propósito de apuntalar la tesis sobre la primitividad del aymara, Villamil trata de confirmar su fallida exposición acerca de las raíces aymaras con forma y función de palabras, sosteniendo que también la estructura morfológica de esta lengua es el oráculo que revela los sistemas de las otras, según expresa textualmente: “Conjuntamente con las raíces, debía contener el aymara todo el mecanismo orgánico de la lengua”.

Y con el deseo de encontrar en su lengua primitiva tal "mecanismo orgánico" de todo otro idioma, se sumerge en las más enmarañadas interpretaciones gramaticales con el intento de sacar a relucir "la simultánea presencia en el aymara de la triple fase morfológica que clasifica las lenguas: 1ª en monosilábicas o radicales; 2ª terminales; 3ª inflexionales".

En cuanto a las primeras —entre las que se cuenta la China—, es demasiado parco en sus argumentaciones. No aporta otra prueba que la contenida en las expresiones siguientes: "Inspecciono ciertos apuntes del primer Sinólogo de Europa, Mr. Stanislas Julien, del Instituto, que aduce locuciones del Chino que coinciden tanto con formas vigentes en aymara, que por él se esclarece tanto el origen, cuanto el singular mecanismo de aquella lengua y su monosilabismo". Con excesiva ligereza deja, pues, concluída una cuestión que merecería un análisis mucho más minucioso para que pudiera fluir la conclusión. La "coincidencia" que advierte es —en su criterio— suficiente para afirmar que el sistema monosilábico del chino tiene un origen en la lengua aymara que está muy lejos de ser monosilábica.

Y con inexplicable prisa pasa a las clases segunda y tercera: "las terminales e inflexionales". Aquí, su preocupación gira en torno a establecer que en la conjugación y declinación del aymara se halla el esclarecimiento del origen de las flexiones de las lenguas que utilizan tal sistema determinativo. "Un misterio —dice— ha sido el de conversión, por ejemplo, del sujeto DOMINUS del nominativo, en objeto por el acusativo, sólo por el cambio de terminaciones y con variar a M en DOMINUM el Us nominativo del sujeto. Igual inexplicable enigma —continúa— presenta el verbo, en la transformación del AMO del presente al futuro, como MUNAWA, "amaré", por la simple adición de la sílaba BO cual en AMA-BO".

Y el misterio lo desentraña anotando, en primer término, que en el aymara existe una “identidad de formas de terminación o inflexión de los casos de la declinación y de las personas de la conjugación en el verbo”.

Establecida esta igualdad, se detiene en demostrar el contenido significativo que tienen las terminaciones de su maravilloso idioma primitivo: —TA señala “el género y la especie”; —AM, “dirección objetiva”; etc., tanto en el nombre como en el verbo. Y finalmente hace derivar de las aymaras ciertas terminaciones y preposiciones de otras lenguas, para concluir que las “articulaciones gramaticales” del idioma que él estima como originario, “se componen con palabras independientes, que ni se aglutinan y confunden ni sumergen su ser, en la inflexión, o se absorbe en ella su significado; que persisten las verbales bases aditivas y componentes, tan libres y sui generis, tan distintas como las raíces”.

Estas conclusiones revelan con meridiana claridad la intención de Villamil: quiso elevar a las terminaciones del aymara al rango de palabras. Sólo de este modo quedaría conformada su teoría con la que expone Max Müller con relación al punto de partida de las flexiones gramaticales.

Efectivamente, en la VI lección de la Ciencia del Lenguaje, el señor Müller da una explicación sobre el proceso como llegaron a formarse las declinaciones y conjugaciones que intervienen en el mecanismo de muchas lenguas. Remontándose hasta un lejano estrato del lenguaje, piensa que los diversos morfemas que dan origen a los paradigmas de las flexiones gramaticales, eran originariamente palabras encargadas de complementar la significación de otras.

Según esta teoría, las terminaciones —ABA, —ABAS, etc. del pretérito imperfecto de la primera conjugación castellana —heredadas del latín— fueron vocablos íntegros en una época muy remota. Y, en virtud de la fuerza evolutiva que actúa sobre toda lengua, vinieron a ensamblarse a los términos que

modificaban, constituyendo con ellos una misma unidad. De ahí resultaron las formas *CANTABA*, *AMABA*, *LLORABA*, etc., en las que la parte —*ABA* no es más que terminación, habiendo perdido sus primarias lindes de palabras.

Tal proceso sería —en el pensamiento de Müller— el mismo que observemos en la formación de la voz *CANTARE*, resultado de la aglutinación de otras dos: *CANTAR HE*; o en el vocablo *TODAVIA* que ensamble de *TODA* y *VIA*, en *AHORA*, que anteriormente fue *HAC HORA*.

Müller plantea la cuestión del siguiente modo: "Sabemos que esas terminaciones que llamamos ahora desinencias gramaticales eran en su origen palabras independientes que tenían su significación propia". Y entre muchos otros, anota él este ejemplo: "El sánscrito *HIRIDI* representa, pues, una antigua palabra compuesta, que significa *CORAZÓN-DENTRO*, y esa desinencia, aglutinándose al nombre, acabó por tomar puesto entre los casos reconocidos de los sustantivos terminados por una consonante".

Dejamos de lado la consideración de si Müller estuvo en lo cierto o si la teoría que propone para explicar el origen de conjugaciones y declinaciones deba ser rechazada. Pues el objeto del presente comentario está cifrado en el libro de Villamil y queda fuera de sus límites el juicio sobre otros escritos. La referencia que hacemos al planteamiento del comparatista europeo no tiene otra mira que echar un rayo de luz sobre los oscuros argumentos del autor que nos ocupa.

La breve relación y citas anteriores son una nueva comprobación de que el autor de *La Lengua de Adán* tiene como principal —o tal vez única— fuente inspiradora el libro de Max Müller. Si Villamil no inserta en su obra algunos párrafos dedicados a demostrar que la sintaxis aymara originó las sintaxis de las demás lenguas, es porque Müller no aborda el tema cuando trata los orígenes del lenguaje. El investigador europeo tiene la siguiente expresión: "Qué es la gramá-

tica, después, de todo, sino declinación y conjugación?”. ¿No es esta la razón por la que Villamil no hace una incursión en las construcciones aymaras para dar, luego, el campanazo de anunciar el descubrimiento de prototipos en este orden? Sin duda se explica así qué lo condujo a este escritor a los temas que trata.

Y en el terreno de la morfología del verbo y del nombre, Emeterio Villamil da tumbos como los dio en el campo de las raíces. En las pocas páginas que dedica a los accidentes gramaticales, se traslucen más errores que aciertos. Y sus extraños razonamientos no logran reducir la inmensurable distancia que lo separa del hecho que intentó probar: que las desinencias del aymara equivalgan a palabras.

Comparando las terminaciones que alternan en la declinación de un nombre aymara con las desinencias que expresan la persona y número de las formas verbales, se percibe una acentuada diferencia tanto fónica como semántica entre unas y otras. Ateniéndose a los ejemplos del propio Villamil, admitirá el lector la existencia de los mismos sonidos desinenciales en el sustantivo MUNAT (del amor) y MUNTA (amas tú?), o en URUM (al día) y MUNTAN (amamos?). Ciertamente la diversidad acústica se denuncia por sí misma.

Pero si tomamos el significado como término de comparación entre las terminaciones del verbo y las del nombre, no podemos menos que declarar el inmenso abismo que las separa. Con carácter universal, todos aquellos elementos soldados a una raíz —a los que Villamil llama terminaciones— son los que dan a ésta el carácter formal y funcional de alguna categoría gramatical. Así, la raíz LY del griego es verbo si se une a la terminación —EIN, pero si lo hace con —SIS, es un sustantivo. Y es que dichos elementos, aparte de su aspecto formal, al soldarse a una raíz, a un radical o a un tema, dan a esa unidad un significado inconfundible. Jamás puede identificarse —por tratarse de dos entidades totalmente distin-

tas la determinación llamada "genitivo" con aquella otra conocida por "segunda persona", como pretende Villamil.

Imperdonable error es, pues, el contenido en La Lengua de Adán de fusionar las terminaciones del verbo con las del nombre. Pero no es el único que aparece para fundamentar la afirmación de que el mecanismo de toda lengua se encuentra en el aymara. Hay otro que se halla en el planteamiento de afirmar que las desinencias de esa lengua tienen caracteres de palabras. Es con este aserto con el que se esfuerza por encajar al aymara en los moldes que Müller señala para una edad muy primitiva del lenguaje, según describimos más arriba.

Mas para palpar la inconsistencia de tal argumento, es suficiente notar que los sonidos TA, AM, RU, etc., —desinencias aymaras, según Villamil— por sí mismas no son la expresión de ninguna idea. Recién adquieren un valor significativo, cuando forman unidad con un radical, de la misma forma como acontece en toda otra lengua que posea flexiones gramaticales. Nada tienen que las jerarquice con relación a sus semejantes de otros idiomas.

En cuanto a la derivación de las desinencias aymaras que acusa en las lenguas que él estima nacidas de aquélla, queda esclarecida en la consideración que hemos hecho de las etimologías propuestas por Villamil.

*Conclusión.*— Con el análisis de las erradas etimologías, arribamos a un punto en el que nada ha quedado en pie del libro de don Emeterio Villamil de Rada, La Lengua de Adán. Uno a uno han venido derrumbándose los endeble pilares en los que el autor apoyó su tesis de la primitividad de la lengua aymara. Y no es que nosotros hayamos socavado sus cimientos sino que carecían de ellos, a tal extremo que al primer acercamiento crítico desplomáronse sin remedio.

Y al término de nuestro estudio, estamos en condiciones de anotar que los escritos de Villamil adolecen de una sola fa-

lla, aunque capital: es ella la falta de investigación y profundidad en sus consideraciones, una actitud irreflexiva que genera el grave escollo de que el autor se guíe exclusivamente por las apariencias, sin llegar a la realidad escondida bajo esa capa superficial.

La confusión entre las naturalezas de una raíz y una palabra, entre los accidentes del verbo y los del sustantivo y finalmente los saltos con que emparenta las palabras de diversas lenguas, no son otra cosa que el fruto pernicioso de la irreflexión.

Con la lectura de la obra de Max Müller le vino el deseo de realizar una ruta que superase en las conclusiones los estudios del insigne comparatista, pero su intento quedó limitado por su falta de capacidad para un estudio de tanta envergadura.

La verdad es que todos aquellos hombres preocupados por coronar sus investigaciones con el descubrimiento del primer idioma, sólo registraron en los anales de sus investigaciones la fúnebre nota del fracaso. Hubo entre ellos quien creyera haber logrado su intento al dar con el antiguo sánscrito y algún otro con el indoeuropeo. Pero luego se vio que detrás de esas lejanías se extendía la cadena de quién sabe cuántos idiomas. Llegar a ellos suponía elevarse mucho o sumergirse mucho: ascensión o sumersión con sus consecuencias de vértigo o ahogo.

Pero Villamil no cayó en cuenta de la magnitud del problema. No llegó a comprender la esencia misma de la cuestión. Con la misma autosuficiencia que se lanzó a recoger el cobre y el oro de las minas o al comercio de casas en California, se apresta a la conquista científica. Ciego a la realidad, sólo toma en cuenta apariencias más externas: las formas, los sonidos; lo que se ve y se oye. Muy lejos se sitúa de aquella sabia ignorancia socrática que es la divisa indispensable

para todo aquel que pretenda hacer ciencia. Villamil creyó saberlo todo, porque ignoraba todo.

¿No fue la ignorancia de lo que es raíz y lo que es palabra aquello que lo indujo a considerarse ser el primero en conocer verdaderamente ambos elementos? ¿Y no fue también ignorancia la causa de sus errores en su falsa apreciación de las desinencias y de las etimologías? Pero la ignorancia de Villamil fue opuesta a la de Sócrates: mientras éste tenía conciencia de todo lo que aún no había sido resuelto por su razón, aquél desconocía en absoluto cuanto trasciende el estrecho límite de sus pensamientos.

Se terminó de imprimir el día 28  
de Octubre de 1970, en los talleres  
gráficos de la Imp. de la Uni-  
versidad Mayor de San Andrés.  
La Paz - Bolivia